

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 87.—15 de Octubre de 1873.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

D. F. J. Recibidos los 40 rs. Dios le pague á V. su caridad.
Mientras se puede hacer bien, se vive.

¡COMO SE MERMAN LAS FILAS!

Nuestros habituales lectores recordarán el proyecto de hacer, aunque no fuera mas que una tentativa, para proporcionar á los pobres vivienda mas higiénica y decente de la que hoy tienen, y de una asociacion con el título de *Constructora Benéfica*. El temor de que el pensamiento naufragara en la tempestad política que corremos, ha hecho que se aplazase el proyecto para tiempos, si no buenos, menos revueltos, en que no hubiera tantas personas ausentes de la pátria, ó en ella retraidas y medrosas y desconfiadas. La asociacion no se ha instalado; los individuos que se habian prestado á formar parte de ella, no se han reunido siquiera; y lo que es mas triste, á muchos no los veremos ya sino en otra vida mejor. El primer vacío le dejó la Señora Condesa de Mina. Siguiéronla D. José Diaz Laguardia, Don Lucas Aguirre, D. Vicente Asuero, y por último D. Salustiano de Olózaga. En poco mas de un año, ¡cinco asociados perdidos para la buena obra, y cuatro amigos inolvidables para el corazon! Triste condicion de la ancianidad, ir viendo cómo la vida se convierte en un desierto poblado solo de tumbas! La que acaba de abrirse, encierra al mas activo y entusiasta asociado para la construccion de casas para pobres: D. Salustiano de Olózaga, de cuyas manos recibimos el donativo de la Señora Condesa de Krasinski, acojió con verdadero entusiasmo el pensamiento de aplicarle á la *Constructora*

Benéfica; él promovió en París la suscripción, y fue el primer suscriptor; él de continuo clamaba para que, á pesar de todo, no se aplazase la realización del pensamiento; él tenía para contribuir eficazmente á ella mil proyectos que ha destruido la muerte. El amigo de que nos ha privado es una pena, nuestra sola, pero la justicia es de todos. Si alguna vez la *Constructora Benéfica* puede hacer algo por los pobres, si levanta alguna casa para ellos; como probablemente la que escribe estas líneas ya no vivirá, le ruega que, al instalar las primeras familias favorecidas en la cómoda vivienda, consagre un recuerdo de merecida gratitud á D. Salustiano de Olózaga.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN LAS POBLACIONES PEQUEÑAS.

No acertamos á comprender cómo se ha formado la opinion de que todos los vicios estan en las ciudades, y todas las virtudes en las aldeas. Parece que el juicio general se ha inspirado en las églogas de los poetas, mas atentos por lo comun á engalanar con la riqueza de su fantasía las dulces impresiones que les produce el espectáculo de la naturaleza, que á observar las costumbres y modo de ser de los habitantes de los campos. Cualquiera que sea la causa, es evidente para el observador, que los hombres de las aldeas no son mejores que los de las ciudades.

Hay vicios y crímenes que no son posibles sino en las grandes agrupaciones. En una aldea de treinta ó cuarenta vecinos, no habrá casas de juego, ni de prostitucion, ni se robarán los bolsillos que nadie lleva, ni se falsificarán billetes de banco. En las aldeas hay imposibilidad material para cometer ciertos delitos, pero esto no supone superioridad moral, porque la virtud de los hombres no ha de medirse por la ausencia del mal *que no pueden* hacer, sino por aquel de que se abstienen, y por el bien que voluntariamente realizan. Aplicando esta medida, que es á nuestro parecer exacta, el nivel de la moralidad y de la virtud no se eleva mas en las aldeas que en las ciudades.

No hace á nuestro propósito investigar el número y clase de crímenes que se cometen en los campos; y en cuanto á las virtudes que se practican, nos limitaremos á decir algunas palabras sobre *la Caridad*, mas rara allí que en las grandes ciudades: este es nuestro íntimo convencimiento despues de haber vivido bastante tiempo en aldeas y villas de corto vecindario.

La envidia, la murmuracion, la maledicencia y sus compañeras

la difamacion y la calumnia, cosas tan opuestas, tan hostiles á la caridad, tienen principalmente su asiento en los pueblos pequeños, como sabe todo el que los conoce.

En los pueblos pequeños y en los campos es donde se han visto en tiempos de epidemia los mas tristes ejemplos de desamparo cruel y dureza horrible: en ellos se han dado casos, no solo de abandonar á los enfermos en despoblado, y de prohibirles toda comunicacion, sino de perseguir y amenazar de muerte á los parientes y amigos que querian buscar algun auxilio en las poblaciones. Todavía nos estremecemos al recordar durante la primera invasion del cólera, aquel padre espirante en unas ruinas, á quien sus hijos con el paraguas no podian guarecer de la incesante lluvia, y aquel marido que tuvo que dar sepultura á su mujer, para que no fuera pasto de los lobos ó de las aves de rapiña.

Con las enfermedades endémicas contagiosas suceden con frecuencia cosas parecidas: un virolento y un tifoideo, que no tienen familia, y á veces aunque la tengan, se ven espuestos á morir en el mayor abandono; hemos podido notar la especie de horror que tienen las personas rudas á comunicar con toda enfermo que pueda *pegarlos algo*. Suelen llamar á esto tener *escrúpulo*, y seguramente no es de conciencia.

Con los ancianos se nota tambien la falta de consideracion y amor, aun de parte de sus hijos. Cierto que en las ciudades deja mucho que desear la piedad filial, y que el anciano que no puede trabajar es una carga que se lleva de mala gana y en ocasiones se arroja; pero los ejemplos mas frecuentes y crueles de padres abandonados por sus hijos, se ven en los campos; hay comarcas en que este horrible pecado es la regla.

Podríamos citar numerosos ejemplos de la falta de caridad en los campos y poblaciones pequeñas; nos limitaremos á dos, ya por ser muy notables, ya por constarnos y poder responder de la completa exactitud de lo que vamos á referir.

En una aldea de Asturias, cerca de la capital, un hombre hirió gravemente en la cabeza á una hermana suya; á los quejidos de esta acudieron varias personas, entre otras una que le cortó el pelo, restañó la sangre, é hizo en fin una primera cura muy imperfecta. Urgia por momentos la asistencia de un facultativo; habia uno muy inmediato, pero no se pudo conseguir que le avisaran, aun ofreciendo pagar bien el servicio; nadie se prestó á hacerlo; fueron inútiles ruegos y promesas. Una de las personas á quienes se rogó en vano fue *la madre de la herida*. La esplicacion de esta horrible circunstancia es, que como el criminal era su hijo, si la justicia enten-

dia en el asunto *le comeria lo que tenia en casa*: con tal que la hacienda no se menoscabase, importaba poco que la hija sucumbiera por falta de auxilio. En la imposibilidad de darle el que necesitaba, la persona que le habia prestado los primeros, buscó un carro para que la llevasen al hospital de Oviedo; nadie quiso ir con el suyo, aun ofreciendo una buena gratificacion. ¿Qué hacer? La carretera estaba cerca, la herida fue conducida á ella, y allí esperó á que pasara un carretero, que despues de varios que no quisieron, quiso recibirla en su carro, que por cierto llevaba carbon de piedra, cama harto dura para la desdichada, que fue conducida al hospital, donde despues de estar á las puertas de la muerte, se curó. Añadiremos, porque es un buen rasgo, que la madre, al verla partir, *le pidió el dedal* que ella llevaba en el bolsillo.

Salió del hospital de Santander un jóven militar que habia venido enfermo de la Habana; queria á todo trance ir á un pueblo de Asturias, de donde era natural, y el médico tuvo la condescendencia que no calificamos, de dejarle salir en un estado muy grave. En un carro hizo con gran dificultad las dos primeras jornadas, con dolores crueles y sin curar las llagas, efecto de una caries vertebral, de donde le chorreaba literalmente el pus. En tal situacion llegó á un pueblo de cuyo nombre no queremos acordarnos, no tan pequeño que no tuviera médico, botica y bastantes personas acomodadas. Allí pasó la noche el enfermo, y á la mañana siguiente de madrugada, le volvieron al carro para continuar su viaje. La tortura que le producía el movimiento era tan horrible, que el mísero repetía con voz doliente: *¡Que me dejen morir aqui! ¡Yo tengo algun dinero para pagar los gastos que haga! ¡Que no me muevan! ¡Que no me atormenten mas! ¡Que me dejen morir aqui por Dios!* Era para partir el corazón de cualquiera que le tuviese. Muchos pasaron que no le tenían. No sabemos si entre ellos estaria el médico y el alcalde. En la villa no habia hospital; la enfermedad era asquerosa; el enfermo grave. ¿A dónde se le metía? Lo mejor era que continuase su camino aunque torturado muriera en él. El carro seguía rodando, y el enfermo, el moribundo puede decirse, dando voces lastimeras. Dios, á quien invocaba, llevó por allí á un jóven, ¡el Todopoderoso le bendiga! que movido á piedad detuvo el carro fatal. Buscó la casa de una piadosa mujer donde fue recibido el desdichado, le proporcionó parte de su bolsillo, parte de limosna, cama y ropas, alimentos y medicinas, le limpió la podredumbre de sus llagas, le consoló y recibió sus confiancias y encargos, y aquel mísero murió á los dos dias como cristiano y como hombre, bajo el amparo de la caridad, en vez de sucumbir desesperado, peor que un animal á quien se

deja espirar quieto donde cae, y tal vez como un réprobo con la desesperacion de su tortura. Si tal hubiera sucedido, ante el tribunal de Dios, ¿quién hubiera sido responsable de su última blasfemia?

Sabemos que hay excepciones, pero por regla general, confiar los enfermos desvalidos de los campos y pequeñas poblaciones, á la caridad, es dejarlos en el mas desdichado abandono. Donde hay unas cuantas personas, una sola que despierta los buenos sentimientos, que hace comprender el deber, que afea la dureza, que da en fin ejemplo de compasion, la caridad se practica; pero donde esto no sucede, el egoismo despiadado cierra los oidos á los ayes del dolor.

De todo esto se deduce, que la ley debia hacer obligatorio, como hemos dicho en otras ocasiones, el establecimiento de enfermerías en los pueblos de cierto número de vecinos, y penar las infracciones de la ley de fraternidad que debe de existir entre todos los hombres. Hay muchas conciencias, muchas, que necesitan estar sostenidas y ser justificadas por la conciencia general, por la humanidad y la justicia que debe representar la ley, y por aquella ilustrada opinion, que no ha menester registrar el número de los votos, cuando tiene de su parte el de las razones y elevados sentimientos. Ningun hombre que merezca llamarse tal, puede contar entre sus derechos el de ser cruel é inhumano. Los fueros del egoismo son padrones de infamia, y el que los presenta y el que los respeta, faltan igualmente á la gran ley, á la ley de redencion, á la ley de amor.

Queremos beneficencia descentralizada, pero no *anárquica*; queremos libertad en la forma y modo de ejercer la caridad, pero no dar á la dureza derechos sin límites; queremos autonomía dentro del bien, pero no en la esfera del mal.

No hay ley de Beneficencia; claro está que conviene que la haya, y que sea todo lo perfecta posible y que se cumpla; pero no bastaria. Es necesario que la opinion se preocupe de la rudeza que por punto general tienen los habitantes de los campos. Que las personas caritativas se ocupen de sus miserias, porque ¿cómo han de compadecer si no son compadecidos? De un hombre corrompido no se puede hacer un hombre de caridad, de un hombre rudo, sí. Las instituciones benéficas hacen algo por los *ciudadanos*; por los *aldeanos*, sobre todo en España, nada. ¿Por ventura los sentimientos del corazon no necesitan cultivarse como las facultades del entendimiento? Se enseña á *sentir* como á *leer*, por otros métodos, pero se enseña. Volvamos pues nuestros ojos á los habitantes de los campos, y al lado de la estadística que toma acta de los que saben leer, formemos otra de los que *saben amar*.

Concepcion Arenal.

LOS NAUFRAGOS.

Cuanto mas se estudia la estension que tiene la caridad y la influencia que ejerce, mas admirables se presentan las excelencias y los resultados de esta virtud. Ya otras veces lo hemos dicho: mezquina idea se formará de ella el que la considere limitada á la limosna que se da á un mendigo. Caridad es sinónimo de simpatía, de bondad, de compasion, de amor, de todos los afectos mas tiernos que pueden brotar del corazon humano.

La caridad, pues, se puede ejercer y se ejerce en todos los sucesos de la vida, por toda clase de personas: basta que haya una que esté necesitada de algo y otra que desinteresadamente se lo proporcione.

En este sentido, que es el verdadero porque es el que responde mejor á la doctrina santa de Jesucristo y al mismo interés social, no solo los ricos pueden ser caritativos con los pobres, sino que estos á su vez, aunque parezca un contrasentido, pueden en ocasiones dadas ejercer la caridad con los ricos. Nadie negará que una palabra de consuelo, un consejo oportuno, un auxilio material en momentos de peligro, el simple ejemplo de la resignacion son actos de caridad, superiores quizás al socorro de dinero; y esos actos puede muy bien prestarlos el pobre como el rico.

Generalizada de este modo esa virtud, convertida en la tendencia de hacer bien, cuanto mas aflictivas y terribles sean las situaciones de la vida, mas necesidad hay de que todos acudan, en la medida de sus fuerzas respectivas, al socorro de quien lo necesite. Si esto, que es un precepto moral, pudiera convertirse en ley civil ineludible, ó imponerse naturalmente como uno de esos instintos que nadie resiste porque llegan á formar hábitos en la vida, el egoismo, tan funesto para todo, desaparecería del mundo, y la sociedad experimentarí la mas hermosa trasformacion, sin necesidad de revoluciones iracundas ni de represiones crueles. Aquel precepto evangélico de *amar á Dios y al prójimo*, no es solo un gran principio religioso: es además un gran principio social.

El egoismo tiene la insensibilidad y la inercia propias de la materia: oye quejidos y calla; encuentra miserias y cierra los ojos; ve á sus hermanos en un peligro y dice: «No faltará quien les salve; yo no soy precisamente el que está llamado á sacrificarme por los demás.» La caridad dice y hace todo lo contrario.

Si pues en todas las calamidades de la vida hay ocasion de hacer

bien, recordamos hoy una de las mas terribles en que el no hacer ese bien fuera la mas repugnante inhumanidad. Tal es el socorro á los náufragos.

No suele formarse un juicio exacto de la profesion del marino. Sucede con esto lo que con otras muchas apreciaciones; nos fijamos en la superficie de las cosas sin profundizar su esencia, y por eso no se reconoce el verdadero mérito. La generalidad de las gentes no ve en los hombres de mar mas que comerciantes que llevan y traen productos, ú oficiales de una carrera facultativa que aspiran á ir aumentando su sueldo.

¡Qué pobre idea! ¡Qué triste modo de juzgar la verdadera naturaleza de esos hombres valerosos, que pasan su vida en una tabla flotante sobre las aguas y rodeados de continuos peligros! El habitante de la tierra, soldado, industrial, artista, hombre de ciencia ó de trabajo, si tiene contrariedades que sufrir ó riesgos que vencer, lo hace en medio de la sociedad, donde no le faltarán socorros, rodeado de familia y amigos que le consolarán de sus penas, y teniendo recursos morales y materiales para todo en esa civilizacion que prevé todas las necesidades y ofrece consoladoras compensaciones para los dias de tribulacion.

Casi nada de esto tiene el marino. Al dejar la tierra, deja en ella su familia, sus amigos, su casa, sus comodidades y sus placeres; y en cambio de esto, solo le espera sobre la cubierta del barco soledad, aislamiento, vida ruda de abnegacion y peligro continuo de encontrar una muerte oscura, repentina y precedida de angustias las mas horribles. Posible es tambien que muera en un camarote y que tenga á su lado una voz amiga que le consuele; pero aun entonces mucho debe amargar sus ultimos instantes la idea horrible del *saco* y de la *bala de cañon* con que sus restos mortales serán arrojados al mar para pasto de los peces, en vez de reposar en una tierra sagrada, donde el signo cristiano de la cruz indique su tumba y sirva de guia á las personas queridas que vayan á depositar allí lágrimas y flores, en tierna memoria de su cariño.

A los marineros debemos además la mayor parte de los adelantos y mejoras de la civilizacion. El mar sirve para la prosperidad de la tierra. Sin la navegacion, el mundo se compondria de paises incommunicados y desconocidos entre sí, sin las inmensas ventajas que produce el comercio de las ideas y de los productos materiales. Sin el genio de Colon y la intrepidez de los españoles que tuvieron fe en él y arriesgaron su vida en tres miserables carabelas sobre mares desconocidos, ¡quién sabe cuánto hubiera tardado en descubrirse el vasto y fecundo territorio Americano!.....

Pero la vida del marino tiene entre otras penalidades el peligro terrible del naufragio: cuando ruge la tempestad con esa fuerza gigantesca que la ciencia del hombre no ha hallado todavía medios de contener ni de eludir, la costa suele ser un peligro en vez de un refugio. Cuando el barco no obedece al timon, al vapor ni á la vela para correr el temporal en alta mar y es arrojado con violencia sobre la costa, allí le esperan quizás rocas punzantes para destruirlo, olas gigantes para sepultarlo en los abismos. A veces parece un sarcasmo de la suerte del marino que viniendo de remotos mares, llega á ver la tierra deseada, las luces, los hombres, cuanto al parecer puede salvarle; y allí, donde todo debian ser esperanzas lisonjeras, las pierde ante un golpe de las olas embravecidas.

Pocos actos habrá de caridad mas valerosa y meritoria que la del socorro á los náufragos. Una luz que sirva de fanal indicador de un escollo ó de un recinto de abrigo, una cuerda que reemplace al puente desde el barco á la roca, un cabo con boyas para que sirva de asidero al nadador que desfallece, pueden salvar muchas personas de una muerte tan segura como espantosa. En estos últimos tiempos se han establecido en los principales puertos *botes salva-vidas*, que por ser insumergibles permiten llegar hasta el buque que va á perderse y recoger á los desdichados marinos. ¡Gran premio merecia el inventor de esos barcos!

Y luego, dado caso que se consiga sacar á tierra á los infelices náufragos, ¡en qué situacion se recogen! Débiles, abatidos, casi desnudos, medio ahogados, habiéndolo perdido todo, apenas puede imaginarse situacion mas lastimosa. La hospitalidad entonces se presenta tan natural, que solo como excepcion monstruosa y repugnante se conciben esas islas, esas costas bravías, donde la historia nos refiere que habia (y no permita Dios que haya todavía) *naufregadores*, raza ínicua de hombres que vivian de la desgracia de los marinos, que se ponian al servicio de las iras del mar para aumentar su fuerza destructora; hombres que por medio de señales traidoras atraian los barcos durante la tempestad para que fueran á estrellarse en las rocas y utilizarse entonces de sus despojos, principiando por matar á los tripulantes para que no pudiesen publicar su infame proceder. Por honor á la humanidad queremos creer que los naufragadores no existan ya en el dia; desde luego tenemos la conviccion de que no los hay en las costas de nuestra España, donde es proverbial el celo y el arrojo con que se ayuda á los náufragos para llegar á tierra y se les socorre y ampara cuando estan ya en ella.

Un ejemplo elocuente de esta generosa propension tuvimos

ocasion de leer en un documento oficial. El ilustrado ingeniero Don Pedro Perez de la Sala, en la memoria descriptiva del proyecto del puerto de salvamento del *Muellin*, en la costa de Gijon, que formó por encargo del Gobierno, para demostrar su necesidad y los peligros que ofrece aquella costa bravía, refiere el modo con que en dias de tempestad lograban los barcos arrastrados por ella entrar en el fondeadero natural del *Musel* y hallar allí su salvacion. El hecho tenia la novedad y el atractivo de una novela, pero con el interés de ser un hecho histórico y verdadero. Aquella parte de la costa estaba hace años (y no sabemos si hoy sucederá lo mismo) muy poco habitada. Casi sus únicos moradores eran dos hermanos pescadores, que, bajo su rudo aspecto y su rostro tostado por el aire del mar, encubrian un alma generosa y un corazon tierno. En los dias ó noches de temporal se ponian en observacion, para ver si algun barco se dirigia en demanda de aquel refugio. Como su entrada era difícilísima, apenas veian el barco que la buscaba, se colocaban en dos puntos avanzados, y hacian las señales necesarias para dirigirlo hácia el fondeadero, evitando el choque con rocas y rompientes. Tan prácticos estaban aquellos pilotos terrestres en este servicio y tan perfecto conocimiento tenian de la localidad, que fueron muchos los barcos que debieron su salvacion á sus esfuerzos generosos. Si se considera que esto lo hacian aquellos pobres pescadores sin mandato de nadie, por impulso de su excelente corazon y con un desinterés que parece increíble, pues hasta se resistian á tomar luego recompensa ni gratificacion alguna de los buques salvados, convengamos en que hay en el mundo muchos que pasan por héroes, muchos que tienen cruces, honores y distinciones por servicios infinitamente menores que los que prestaban en el silencio y la soledad los dos pobres pescadores de la costa del *Musel*. Ignoramos sus nombres ni si viven todavía, pues el hecho que citamos se refiere á los años 1858 y anteriores; quisiéramos saberlos para hacerlos públicos y nos parece que bien merecian se colocase en aquel sitio una sencilla columna ó una simple piedra con una inscripcion que dijese: *Caridad española con los náufragos.*

Antonio Guerola.

TRABAJOS INSALUBRES Y PELIGROSOS.

El Cartero.

Si la caridad, como debiera, tomase parte en todas las relaciones de la vida; si los hijos de Dios fueran hermanos de corazón y no de palabra solamente; si los servicios tuvieran alguna fase mas que la utilidad que proporcionan, ó el dinero que valen ó que cuestan; si el hombre, cuando comunica con sus semejantes, fuera siempre un sér moral, y no prescindiera nunca de su corazón ni de su conciencia; si empleara su razón en reflexionar sobre cosas que hoy mira con ligereza culpable, y el egoismo no se encastillase tras de parapetos que levanta la opinión estraviada, no veríamos con tan cruel indiferencia al obrero cuyo oficio destruye su salud, ni disfrutaríamos tan alegremente de los productos de un trabajo que mata.

Los adelantos en las ciencias, las artes y la industria son pasmosos; la obra del amor y de la justicia está bien atrasada; y al ver tanta magnificencia y tanta miseria, tanto resplandor y tanta oscuridad, recordamos una anécdota que brevemente referiremos. Un rico, muy pobre de alma y ruin de cuerpo, enseñaba envanecido su palacio, donde no se veía mas que seda, terciopelo, mármol, porcelana, cristal, plata, oro, y en fin, todas las pompas de la riqueza y el lujo. El que todo esto veía era un general, á quien la victoria daba mucho prestigio y bastante insolencia, y habiéndole ocurrido escupir, miró en torno de sí por una y otra parte, vaciló un momento, y por fin escupió encima del amo de la casa. Sorprendido é irritado este, pidió la esplicacion de aquella ofensa, y el visitante se la dió en estos términos.—Teniendo necesidad de escupir en habitacion tan magnífica, me pareció que debía manchar la cosa de menos valor que en ella hubiese, que indudablemente es V.—Del propio modo, cuando la civilizacion muestra sus magnificencias y portentos, en caso de escupir hay que hacerlo ¡cosa triste! sobre su corazón, porque es el que menos vale. La ciencia de ser bueno y de ser justo es, de todas, la mas atrasada. Algo adelanta; ¡pero es tan poco, tan despacio! Nuestros cuerpos devoran las distancias por las vias férreas, y nuestros espíritus se arrastran penosamente por el camino del deber, y á veces se paran, y á veces retroceden.

De esta dolorosa verdad hallamos por todas partes numerosas pruebas, pero tal vez no hay ninguna mas evidente que la horrible indiferencia con que recibimos los servicios que se prestan con

peligro de la salud y de la vida, sin hacer nada, absolutamente nada, para remediarlos ó disminuirlos siquiera. Nos escandalizamos mucho de las carnicerías del circo romano, sin ver que el mundo todo es una arena donde, sin saludar al César, caen numerosas víctimas bajo el carro triunfante de la civilización.

Los gobiernos y las leyes han mirado estas víctimas con indisculpable indiferencia: algunos individuos y sociedades fuera de España, han trabajado algo, aunque poco, para hacer menos perjudicial á la salud, la práctica de algunos oficios. El soldado del trabajo cae en la batalla, pero no tiene nombre, ni número siquiera, y la estadística que no se habia hecho cargo de su vida, no toma acta de su muerte. Bendito será el día en que despertemos de ese letargo de la conciencia, y rescatemos, en cuanto sea posible, las víctimas de los trabajos insalubres y peligrosos.

Para contribuir á esta buena obra, aunque solo en una parte mínima, tan mínima que tal vez no sea perceptible mas que para El que lee en los corazones, vamos á llamar la atención de nuestros lectores, sobre algunos trabajos que ponen en peligro la salud ó la vida del trabajador, y empezaremos por *el Cartero*.

¿Quién es el *Cartero*? Un hombre que lleva levita abierta con boton dorado, vuelta encarnada en la manga, gorra con vivo y visera, una bolsa de cuero y un paquete de papeles; que anda de prisa, que llama fuerte; al que aguardamos con impaciencia cuando esperamos una carta de interés, y al que damos una propina por Navidad. ¿Nada mas? No.

El *Cartero*, además de todo esto, es un hombre enfermo ó que enfermará por su género de trabajo, imposible de resistir con salud por regla general; un hombre predestinado al catarro pulmonal, á la tisis, á otras muchísimas dolencias, pero en particular las que tienen su asiento en el aparato respiratorio. El continuo ejercicio de subir precipitadamente muchas y largas escaleras, mata, y al tomar una carta descuidadamente, estamos lejos de hacer esta reflexión: representa el sacrificio de la salud ó de la vida de un hombre.

Y este sacrificio podia y debia evitarse sin mas que quererlo. Hace algun tiempo, la Direccion de Correos, pena da decirlo, no por humanidad, sino por economía, trató de que las cartas se dejaran en las porterías, pudiendo disminuir asi el número de carteros. La medida se recibió muy mal por la opinion, por la poca confianza que en general inspiran los porteros, y las cosas volvieron al ser y estado que antes tenian. No pretendemos ir contra el torrente de la opinion, ni sostener que en todos los casos son injustas las sospechas que inspiran los porteros, aunque muchos conocemos exactos

y honradísimos, pero sin su intervencion podria evitarse á los carteros el mortal ejercicio de la escalera. No vamos á proponer una novedad que alarme á los enemigos de ellas; en Santander, por ejemplo, el cartero llama de una manera especial á la puerta de la casa, y todos los vecinos bajan á recoger sus cartas. El que tenga confianza en el portero puede confiárselas, y estamos seguros que habrá muchos que la tengan. Se dirá tal vez que los criados tardarian en bajar; responderemos que los amos deben cuidar de que así no sea, y cuidarán, porque es rara la persona que no tiene interés en recibir su correspondencia. Aunque hubiera un poco de pereza de parte de los sirvientes, no ocasionaria una pérdida de tiempo mayor ni tan grande, como la suma del que espera el cartero en cada habitacion á que le abran, busquen dinero para pagarle, etc. No se necesita pues mas que *querer* para arrancar á la enfermedad y á la muerte un número de víctimas que hace periódicamente, mas que por nuestra crueldad, por nuestra irreflexion y por nuestro descuido. Bastaba que hubiera un director de comunicaciones que mandase lo que proponemos, y que motivara la orden en las razones de humanidad que dejamos indicadas, para que la orden se llevara á efecto sin oposicion. Como no se manda, no se obedecerá. ¡Cosa bien triste que los que *pueden* no *quieran* y los que *queremos* no *podamos*!

Concepcion Arenal.

MORIR DE HAMBRE.

El *Daily News*, acreditado periódico inglés, ha publicado un dato desconsolador. Dice que en los siete primeros meses de este año han fallecido *de hambre* en Londres 96 personas. El distrito que ha dado mayor contingente para esta fúnebre cifra es el central de Middlesex que, si no recordamos mal, abraza la parte mas rica de la capital.

Noventa y seis criaturas humanas pereciendo de hambre en la capital mas populosa de Europa, emporio de grandeza, proclamada como uno de los centros de mayor progreso civilizador, es un espectáculo que entristece, que enseña y que conmueve.

Allí no falta beneficencia oficial y privada; allí hay hasta la famosa contribucion de pobres, que es peculiar de aquel pais; los ingleses, salvas excepciones que en todas naciones se encuentran, no merecen ser calificados de insensibles á las miserias de los pobres; recursos de amparo, medios de hallar y dar trabajo productivo = 0

pueden faltar en un país en que es proverbial la laboriosidad, fecunda la acción industrial y grande la riqueza de todas clases.

Y sin embargo, allí, en una sola aunque grande ciudad, mueren de hambre, según se ve, unas 14 personas al mes, lo cual felizmente está muy lejos de suceder en Madrid ni en las más pobres aldeas de las más pobres comarcas de nuestra abatida patria.

El hecho de Londres es desconsolador, porque Inglaterra, como España, es país de hermanos nuestros bajo el punto de vista de la caridad, pero la comparación sobre este objeto es consoladora para los españoles.

Hoy damos la noticia sin comentarios. A muchos se presta, porque la materia es grave y se nos ofrece como efecto y resultado de causas profundas dignas de estudiarse. Quizás nos ocupemos otro día de ese estudio, si la indicación del tema no sirve de aliciente para que se dediquen á ese examen plumas más competentes y autorizadas.

Antonio Guerola.

TOMAS DIKSON, EL PADRE DE LOS POBRES.

(Tomado del Correo de la Moda.)

Entre el ruido metálico del oro y el estrépito de las máquinas industriales, aún se escuchan los ecos de las voces agradecidas que proclaman algunos nombres, únicos que debieran ser célebres en los fastos de la historia: los de los bienhechores de la humanidad, de los amigos de los pobres.

Sir Tomás Dikson, que acaba de morir en Boston á la edad de 98 años, ha dado un vivo ejemplo de lo que puede ser un hombre, y hasta dónde puede elevarse, si le guían la *fe* y la *caridad*, si inflama su pecho el amor al *bien*.

Su vida fue sumamente dramática: oriundo de una nobilísima familia del Condado de Kent, en Inglaterra, pasó los primeros años de su vida en un magnífico palacio, que descollaba cerca de una pintoresca aldea escondida entre el follaje. Su caridad era inagotable, su humildad proverbial en toda aquella comarca. Su primera desgracia tuvo origen de la misma generosidad de su alma. Habiéndose incendiado una cabaña, se arrojó entre las llamas para salvar la cuna, en donde había quedado olvidado un niño, y se carbonizó una mano.

Entonces contaba apenas doce años.

Mas tarde perdió á sus padres, y un injusto pleito le privó de toda su fortuna.

Habia colmado de beneficios á los pobres, y los pobres no se le mostraron ingratos ni le abandonaron en su desventura.

Cotizáronse entre sí, y le facilitaron dinero para que fuese á Londres y pudiese abrazar una carrera.

Tenia Dikson talento y aptitud para los estudios; pero deseoso de corresponder cuanto antes á los beneficios recibidos, abrazó la mas lucrativa del comercio, y en breve pudo dotar á su pueblo con un hospital, una escuela y un asilo para los ancianos y los huérfanos.

Entonces, y solo entonces, pensó en casarse y en tener una familia; pero Dios, que sin duda queria que llevase á cabo su noble y generosa mision, le arrebató en tres dias á su esposa y á su único hijo.

La tristeza que esto le causó le condujo al borde del sepulcro; y como nunca se presenta sola la negra desventura, quiebras desastrosas de otros comerciantes le arrebataron aquella fortuna adquirida al precio de su actividad y su trabajo.

Como Job, alzó los ojos al cielo, y bendijo al Señor que le enviaba tales pruebas.

Podia volver á su aldea, en donde todos se hubieran apresurado á socorrerle y consolarle; pero quiso luchar otra vez contra la suerte. Se embarcó para el Nuevo Mundo, recorrió sus ciudades mas populosas, ejerciendo todas las profesiones honradas que le podian proporcionar el pan de cada dia; pan que mas de una vez se quitó de los labios para dárselo á otros mas necesitados que él. A todas partes le siguió la fama de sus virtudes, y ya entonces se le llamaba *el amigo de los pobres*.

En Boston debia sucederle su última aventura y fijarse el destino de su vida.

Pasaba un dia por una calle solitaria, oyó un confuso concierto de lamentos, que partia de una casa cercana, y se precipitó en ella, siguiendo, como siempre, el generoso impulso de su alma.

Allí se ofreció á su vista un tétrico cuadro. Un hombre espirando, á sus piés una joven anegada en llanto, criadas y criados que iban y venian en medio del mas angustioso desconcierto.

Una caida de caballo habia ocasionado aquel accidente desgraciado, que arrojaba á un hombre lleno de salud al borde de la tumba.

Dikson se sobrepuso al aturdimiento general, dió órdenes, eje-

cutó por sí mismo la primera cura ínterin llegaban los médicos, y mostró tal inteligencia y actividad, que nadie pensó siquiera en preguntarle por qué se abrogaba semejantes facultades.

Por una estraña coincidencia, el moribundo era aquel pariente avaro, falso y cruel que le habia arrebatado injustamente la herencia de sus padres. La codicia que le habia inspirado el crimen, le habia impulsado á abandonar su patria para triplicar su caudal en los ricos veneros de América.

Pero no se ven lo mismo las cosas de este mundo á la luz del sol que á la luz siniestra del sepulcro. Antes de morir reconoció su culpa y quiso espiarla devolviendo á Dikson su fortuna y nombrándole tutor de su hija única.

Para colmo de felicidad, aquella niña, enamorada de las virtudes de Tomás, se convirtió en su mujer, para compartir con él la honrosa tarea de socorrer á los desgraciados.

Desde entonces, el suntuoso palacio en el que ambos habitaban, fue el lugar de refugio á donde acudian cuantos tenían necesidad de auxilios ó consuelos. Allí, en donde las catástrofes ocasionadas por los incendios y los choques de los trenes en los ferro-carriles son tan frecuentes, hay mucho bien que hacer para los que tienen un alma generosa y compasiva.

Dikson fundó muchos asilos benéficos, instituyó premios para los jóvenes estudiosos, y otros para estimular á la virtud. Se llenarian muchas páginas si se quisiesen enumerar los beneficios de que colmó á las clases menesterosas.

Dios premió su caridad con una vejez apacible y exenta de inquietudes. Vivió, como los patriarcas, rodeado de muchos hijos: y cuando murió, los habitantes de Boston, no solo vistieron de luto como si se tratase de un luto nacional, sino que le elevaron un soberbio mausoleo, grabando en su lápida con letras de oro: *Aqui yace Tomás Dikson, el bienhechor de la humanidad, el padre de los pobres.*

¡Dichoso quien pudiera imitarle en vida, y obtener los honores de su muerte!

EL ARREPENTIMIENTO.

Madre, ¿qué son esas luces
Que brillan tanto en el cielo?
—Hijo mio, de otros soles
Tal vez sean los reflejos,
Tal vez la mirada pura

De los justos que murieron,
 O quizá sean las huellas
 De los ángeles escelsos:
 Tambien dicen que son mundos
 Girando en el Universo.
 —Madre, quisiera ser ángel
 Para ver tales portentos.
 —Si de Dios clemente y justo
 Acatases los decretos,
 Pura subiera tu alma
 Con los ángeles del cielo.
 —¿Por qué afirman que en el mundo
 Padecen siempre los buenos?
 —Porque este mundo, hijo mio,
 Es un valle de destierro,
 Y es natural que esté triste
 Quien de la pátria está lejos.
 —Y ¿por qué los malos gozan
 Mas venturas que los buenos?
 —No es verdad, huye la paz
 De sus agitados pechos,
 Y amarga sus soledades
 Sin tregua el remordimiento.
 —¡Desdichados! ¿Y es verdad
 Que les aguarda el infierno?
 —Nadie puede asegurar:
 «Aquel no entrará en los cielos;»
 Los que se llaman los últimos,
 A veces son los primeros,
 Como lo dice Jesus
 En el divino Evangelio.
 Del moribundo culpable
 En el agitado lecho
 Vela un ángel, que señala
 La via que lleva al cielo,
 Y ese ángel de Dios amado
 Se llama arrepentimiento.

Emilia Mijares de Real.